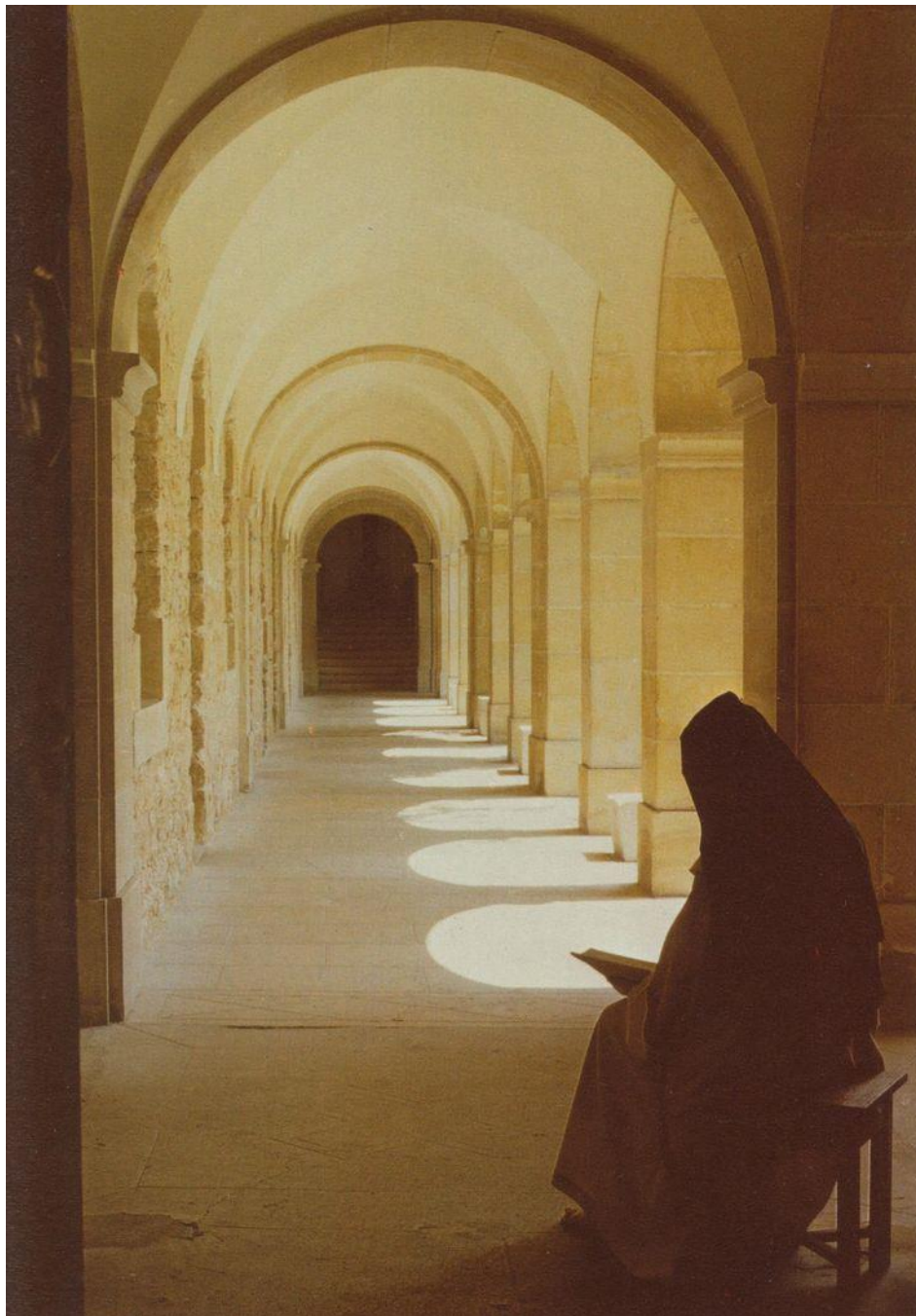


Fr. Jerónimo Savonarola O.P.

REGLAS DE VIDA ESPIRITUAL PARA RELIGIOSOS



www.traditio-op.org
frayguidocasilloop@gmail.com



TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PREDICATORUM

REGLAS DE VIDA ESPIRITUAL PARA RELIGIOSOS

La principal ocupación del religioso está en esforzarse día y noche por tener su alma unida al Señor, su Dios, por medio de la oración, de la contemplación y de un amor actual en cada instante. Y jamás podrá lograrlo, a menos que posea la paz del corazón; y no podrá poseer la paz del corazón, a no ser que esté enteramente despojado del amor de todas las creaturas y de sí mismo, y no haya llegado hasta el desprecio y el odio de su propia vida.

Entonces, si el religioso quiere alcanzar todos estos bienes, es necesario que desde el principio observe con todo el cuidado posible las reglas que le vamos a indicar.

Primero: debe amar la pobreza, tanto para sí mismo como para la comunidad, hasta el punto de estar firmemente resuelto en su corazón de no querer absolutamente poseer nada ni tener para su uso, más que lo que le sea sumamente necesario: de tal manera que desprecie todas las riquezas, grandes o pequeñas, y hasta sus propias vestimentas sin las cuales no sabría vivir decentemente; que se alegre de la pobreza de su monasterio, que se aflija cuando se vive en la abundancia; y tenga por lo menos el deseo de vivir lo más pobremente posible, incluso en máxima necesidad: porque el verdadero pobre se alegra en la pobreza.

Segundo: En cuanto al voto de castidad, debe huir de todas las satisfacciones de la carne, abstenerse no sólo de los placeres ilícitos sino incluso de entretenimientos y recreaciones legítimas. Que nunca se aparte totalmente del rigor que se ha impuesto; sino que, airado siempre contra sí mismo, castigue su cuerpo, en los límites de una penitencia razonable, aparte de los placeres todos los sentidos, y no satisfaga sus deseos; y se alegre, al contrario, siempre en la compunción y las lágrimas y en cantar al Señor este versículo de Isaías (38, 15): “Pasaré todos mis años en la amargura del alma”.

Tercero: Tenga siempre en el espíritu la sumisión de Nuestro Señor Jesucristo a su Santa Madre y a San José, su padre adoptivo, y su obediencia “hasta la muerte, y muerte de Cruz”: que aplique todos sus cuidados y esfuerzos a someterse no solamente a sus superiores, sino también a sus iguales y a sus inferiores, incluso servir a los últimos de todos, y a obedecerlos humildemente, tanto como lo permitan las conveniencias de su estado; diciendo con el Apóstol: “Aunque libre, me hice siervo de todos” (I Cor. 9, 19).

Cuarto: que se preocupe en gobernar muy bien su lengua; de modo que no sólo no diga cosas prohibidas, o palabras ociosas e inútiles o que excitan la risa, sino que, incluso en las cosas necesarias evite extender y prolongar los discursos; que hable siempre de todas las cosas con temor, y prefiera escuchar y aprender de los otros antes que hablar y enseñar. Porque “todos ofendemos en muchas cosas, y aquél que no peca con la lengua es un hombre perfecto” (Sant. 3, 2). El demonio no tiene otro medio más sutil para engañar al religioso, que la mucha facilidad para hablar; por ella, lo aparta de la oración y la contemplación; y una vez apartado, el religioso pierde toda la fuerza espiritual, y así el enemigo tiene amplia facilidad para vencerlo, como quiera y como le parezca mejor.

Quinto: Que se cuide de las distracciones, o de todo lo que habitualmente divide el ánimo, por ejemplo las curiosidades de los sentidos o de la inteligencia. En efecto, aquellos que quieren ver, escuchar o saber muchas cosas inútiles, dividen su corazón entre una multitud de objetos; y así permanecen disipados y sin compunción. Es necesario, entonces, dejar de lado las cosas y las acciones del prójimo, hasta el punto de ni querer oír hablar de ello. En cuanto a los trabajos del convento, déjelos al religioso que está encargado. Algunos, por un celo indiscreto, que no es sabio, quieren saber todo, y se inquietan a sí mismos, y su corazón se llene de fantasías, de indignación, de murmuraciones y a veces de envidia, de ambición, de detracción contra el superior y los otros frailes. Si no tienes un oficio en el convento, alégrate: puedes adquirir una paz más profunda. Si tienes un oficio realízalo con humildad y sin lamentos. No desees ningún oficio, sino mantente en la paz, y acepta generosamente los oficios humillantes prefiriéndolos antes que los honorables. En una palabra, debes cuidarte atentamente de todo lo que pueda distraerte de la contemplación y de la paz interior, tanto como te sea posible sin faltar a la caridad o a la obediencia; si no, no encontrarás la paz.

Sexto: debe evitar la conversación de los hombres, sobre todo de los seculares y de los religiosos disipados, y por sobre todo de las mujeres y de los parientes; amar la soledad, no aparecer nunca en público más que si una causa necesaria, honesta o útil lo exige, y retirarse de allí prontamente. Que por esto, sin embargo, el religioso no juzgue ni desprecie a nadie; sino siempre lleno de desprecio por sí mismo, que se tenga por vil ante sus propios ojos, y se estime indigno de llevar el hábito religioso y de ser admitido en la convivencia con los otros frailes.

Séptimo: debe entregarse a la oración y a la contemplación con cuidado y con un celo extremo; de manera de elevar muy frecuentemente su mente a Dios por medio de oraciones breves tanto en la mesa como en la iglesia, en las calles como en la casa, cuando viaja como cuando descansa. Que repita muy frecuentemente este versículo: “Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme” (Sal. 69, 1); y este otro:

“Tu bondad y tu amor me acompañan... y habitaré en la casa del Señor por años sin término” (Sal. 22, 6-7). Y obrando así, obtendrá la tranquilidad del alma, y estará tan perfectamente unido a Dios que no podrá pensar en otra cosa ni amar otra cosa, y será en cierta manera, en esta vida, bienaventurado.

Quien observe estas siete reglas será lleno de los 7 dones del Espíritu Santo. Y bajo la acción de este divino Espíritu, su alma gustará esos bienes que “ni el ojo vio, ni el oído escuchó, ni el corazón del hombre comprendió, y que Dios reserva para los que lo aman” (I Cor. 2, 20). Entonces mirará como nada las penurias de la vida religiosa, y “los días le parecerán cortos, a causa de la grandeza de su amor” (Gen. 29, 20).

En cuanto a los religiosos que no se interesan en estas reglas, sino que caminan sin considerar el fin propio de su estado, se volverán tibios, inquietos, murmuradores, ambiciosos, irascibles, avaros, charlatanes, sensuales, bufones, y más enemigos de la penitencia como no lo son los seglares; y si Dios, en su misericordia, no los detiene ni los preserva, caen en otros precipicios de los que les será imposible salir. Porque, como dice Sto. Tomás, “los religiosos que pecan por malicia se vuelven malvados e incorregibles”; y S. Agustín asegura que, así como no encontró hombres mejores que los que se han perfeccionado en los monasterios también no ha visto peores que aquellos que en el monasterio han caído en la relajación.

Esforcémonos, mis Hermanos, por adquirir en el monasterio una bondad tal, que nos volvamos los mejores hombres de la tierra, y que adquiramos una magnífica corona en el cielo, donde reina Dios bendito por los siglos de los siglos. Amén.

Fr. Jerónimo Savonarola O.P.